

**XXI Congreso
General del
Partido Socialista**

el partido socialista en la revolución chilena

En Junio de 1966 se efectuó en la ciudad de Linares, el XXI Congreso General del Partido Socialista. El Socialismo salió fortalecido y mejorado, con el firme convencimiento de la justeza de su posición doctrinaria y política, con el alto propósito de imprimir un fuerte impulso a su organización partidaria y a su influencia en el seno de las masas. Por las razones expuestas, estimamos de innegable valor dar a conocer la fundamentación teórica de la política del Partido Socialista Chileno, reproduciendo el documento central elaborado en esa oportunidad y aprobado por unanimidad por el XXI Congreso General.

INTRODUCCION Plantear en las actuales circunstancias el camino a seguir del Socialismo chileno significa, —más que en otras oportunidades—, hacer un balance de las perspectivas que nos habíamos trazado y estudiar cómo y hasta dónde se realizaron, qué hicimos o no hicimos para que se cumplieran, cuáles fueron y dónde estuvieron nuestras fallas.

Nada sería más funesto para nuestro futuro que extender un manto de silencio sobre nuestra conducta política con el pretexto de que "debemos mirar para adelante". Lo ocurrido es demasiado serio para que continuemos desenfadadamente nuestra ruta sin examinarnos en profundidad, fría y descarnadamente. Dejémonos de falsos pudores que llevan a ocultar errores y preparar otros hacia adelante. "Reconocer —decía Lenin— abiertamente los errores que podamos haber cometido, poner al descubierto sus causas, analizar las situaciones que los han engendrado y examinar atentamente los medios de corregirlos, eso es lo que caracteriza a un partido serio, en esto consiste el cumplimiento de sus deberes, esto es educar e instruir al partido, a la clase y hasta a las masas".

Sólo una actitud de este orden desbrozará el camino para afrontar correctamente las nuevas tareas. Así convertiremos nuestros errores y derrotas en peldaños de victorias y podremos continuar con optimismo nuestra lucha por el triunfo final e inevitable de la clase obrera y del Socialismo.

I.—NUESTRA ESTRATEGIA EN LA ULTIMA DECADA

En 1957 se efectuó el Congreso de Unidad del Socialismo Chileno, como culminación de un proceso de superación política de los dos sectores en que se encontraba dividido. Esta unificación produjo, más que una simple suma de fracciones, una con-

Junión orgánica y política cualitativamente superior al pensamiento sustentado por ambas fracciones, que permitió ubicar definitivamente al partido en una perspectiva revolucionaria: LA LINEA DE FRENTE DE TRABAJADORES.

Esta posición del partido se fundamenta en la teoría y la práctica de la lucha de la clase obrera en Chile y en los países atrasados en general en esta etapa histórica, en los que la burguesía nacional surge débil y tardíamente y no alcanza a desarrollar su plena condición de clase por su profunda ligazón y dependencia del imperialismo y de las oligarquías nacionales. Impotentes estas burguesías para enfrentarse a las viejas estructuras semif feudales que las han incubado y a las fuerzas económicas extranjeras a cuyos intereses están atadas desde su nacimiento mismo, corresponde, en consecuencia, a la clase obrera unida al campesinado y a las masas asalariadas, la tarea de liberar al país del retraso feudal y del vasallaje y culminar, en un solo proceso, en la implantación del socialismo.

Las enseñanzas del movimiento obrero internacional, justifican plenamente esta concepción. Derrotas y más derrotas están inscritas en la historia de la lucha de los trabajadores como resultado de la entrega de sus banderas programáticas al caudillaje de las burguesías "progresistas" de sus respectivos países.

En Chile, la política colaboracionista practicada latamente por los partidos obreros, después de dos décadas de fracasos permanentes, aparece agotada; su práctica ha servido de muro de contención para el descontento social, frustrando las esperanzas de las masas que confiaban en sus conductores.

Entre 1956-1957, se configura el FRAP bajo el signo de nuestra concepción política y de acuerdo con nuestra perspectiva de lucha, a pesar de las resistencias del Partido Comunista que, conforme a su línea de "liberación nacional", buscaba la incorporación a este frente de clase de Radicales y Demócratas Cristianos. El partido levanta la postulación presidencial del camarada Salvador Allende y el FRAP la hace suya en una incontenible resolución de los delegados a la Convención Presidencial del pueblo. Surgida en sus comienzos sin fe y sin esperanzas en sus posibilidades en las altas cumbres políticas, se convierte en sus postrimerías en una avalancha social, expresando las fuerzas latentes que se agitaban en el seno de las masas. El 2 de Abril de 1957, había sido una muestra anticipada del estado de ánimo del pueblo.

A lo anterior, debíamos sumar la incorporación del campesinado a la lucha, caracterizado en su primera etapa por un apoyo "in crescendo" al movimiento popular, en especial a nuestro partido, "el partido de Allende" para ellos, personificando en nuestro candidato presidencial sus ansias de tierra y bienestar.

Si a todo este fondo común de resistencia social agregamos la odiosidad provocada por el gobierno de los gerentes y la influencia revolucionaria directa de la Revolución Cubana e insertamos todo este proceso en el concierto de la lucha de los pueblos latinoamericanos por su liberación, podemos evaluar globalmente las grandio-

sas posibilidades revolucionarias que encerraba la lucha de masas y cómo justamente calzaban con nuestra estrategia y nuestra línea de clase.

En suma, el ascenso revolucionario latinoamericano y mundial y la pauperización y desesperanza propias del pueblo de Chile habían acumulado en las masas una fuerza social explosiva. Su vanguardia, el Partido Socialista, consciente de esta realidad y a la luz de su amarga experiencia, buscaba un derrotero distinto volviendo por los fueros de la acción revolucionaria. Se disponía a orientar, desarrollar y conducir esas fuerzas a su destino: a la conquista del poder.

Remitámonos a las Resoluciones Políticas del XVIII y XIX Congresos del Partido:

"La política de Frente de Trabajadores se la ha concebido como una táctica de lucha de la clase obrera por la conquista del poder político. Esta política tiende al agrupamiento de las masas en función de su extracción social y de su carácter de clase explotada. En este agrupamiento combativo no pueden existir diferenciaciones de otro tipo. Nuestro planteamiento es justo y tiende a separar horizontalmente a los sectores sociales de nuestra sociedad."

"El principal triunfo logrado por nuestra política ha sido de dos tipos. Uno objetivo, en cuanto alteró el cuadro político nacional y se creó un centro polarizador de tremenda magnitud revolucionaria. El otro, de tipo subjetivo, en cuanto logró crear en la conciencia de las masas una alternativa propia y nueva."

"Pero evidentemente, esta nueva fuerza avasalladora ha venido a agudizar más que nunca la contradicción entre los sectores explotados y sus explotadores. Estos últimos no tienen el sueño tranquilo. Saben que se avecina el momento de su colapso y, en consecuencia, están agrupando sus fuerzas y están afianzando posiciones para intentar atrincherarse y defenderse cuando llegue la hora de la gran definición."

(Tesis presentada por el C. C. al Congreso de Valparaíso).

"Tareas actuales del Partido y sus perspectivas (la toma del poder). Debemos hallar las nuevas tácticas de aplicación de la política de Frente de Trabajadores. La tarea principal del partido, como Dirección Política de vanguardia, es señalar la solución socialista de cada problema concreto, divulgarla a través de la comunicación directa con las masas y organizar, en la base del movimiento popular, formas originales y dinámicas de lucha para agudizar el proceso de la crisis del régimen". "El partido debe endurecer el carácter de las luchas del pueblo y dar combatividad y sentido político revolucionario a sus acciones."

(Del Memorándum presentado como proyecto de tesis por el C. C. al XIX Congreso de Los Andes).

Y por último, citemos este párrafo:

"No debemos tener dudas: ellos no estarán dispuestos a ceder voluntariamente jamás; si es necesario, para defender su sistema en agonía, establecer una dictadura y llenar las cárceles de presos políticos, etc., estarán dispuestos a hacerlo. Tienen plena conciencia de

que su fracaso significa automáticamente el triunfo de nuestros planteamientos y que su derrota será la última y definitiva.”

“Pero la situación se hará cada vez más tensa y difícil. En la misma medida estará creciendo nuestro movimiento y las posibilidades de triunfo se sentirán cada vez más cerca. Pero debemos estar notificados de que es muy difícil que el cambio se vea pacíficamente.”

Situados en este cuadro, debemos hacer nuestro balance del trabajo en este lustro, en el cual partimos con una visión clara de nuestros objetivos y sus consecuencias.

EL DESARROLLO DE NUESTRA ESTRATEGIA Hay toda una trayectoria del partido desde 1957, que luego de trazar una curva de ascenso que llega a su más alto nivel en 1961, inicia desde allí el descenso que culminó el 4 de septiembre. Fundamentalmente, como consecuencia de esa trayectoria, el movimiento popular siguió un camino distinto.

Es cierto que el Partido no era la única fuerza conductora, pero también es cierto que nunca tratamos de imponer a nuestros aliados una línea diferente; y por el contrario, fuimos el único partido que hizo concesiones en su pensamiento político de fondo. El P. C. estaba en su línea y el PADENA en su propia salsa.

El movimiento popular, estructurado por nosotros de acuerdo a nuestra línea, sobre la base de los partidos de clase, con un programa de clase, con el objetivo de ir a la instauración de un gobierno directo del pueblo, fue orientado hacia una justa electoral dentro de los marcos de la democracia burguesa. Como resultado, la clase obrera perdió por una etapa la posibilidad de llegar al poder. No fue la pérdida de una candidatura presidencial más, sino la culminación catastrófica de un cúmulo de debilidades y errores que nos llevaron, desde una perspectiva correcta, al callejón sin salida del democratismo burgués. Fuimos arrastrados por una puerta falsa al respeto de la institucionalidad burguesa y a la política de las “vías pacíficas”.

Nuestra posición original encerraba una entrega total a la lucha por desarrollar el movimiento de masas y darle a la campaña un sentido revolucionario que nos permitiera arrebatarle el poder a nuestros enemigos. Esto significaba que la campaña no sólo era cuestión de votos sino de correlación de fuerzas y enfrentamiento de clases. Sin embargo, se le dio un carácter exclusivamente electoral: cazar votos. Esto implicaba conquistarlos donde estuviesen. Para conseguirlos, descendíamos nosotros al nivel político de los futuros adherentes, especialmente tratándose de sectores medios o de la burguesía. Para que no se nos fuesen algunos politicistas del PADENA, se hacían concesiones con el programa; se inventó un pintoresco movimiento católico allendista; se aplacó la crítica a la intervención política de la Iglesia; se suprimieron las alusiones a la Revolución Cubana para no asustar a algunos burgueses “allendistas”, etc. “Las elecciones se ganan con votos” era la divisa, y los buscábamos entre los despojos de la burguesía. Así fuimos vaciando en un mismo tintero toda clase de bacalao y ejemplares políticos de

museo. Al final, ellos le dieron su propia fisonomía a la campaña.

Tener asegurado el apoyo del Partido Comunista, nos significó mellar nuestra firme línea sindical en la CUT: a cambio de una preeminencia conseguida entre bambalinas, se abandonó la plataforma de lucha de la Central Unica que buscaba un enfrentamiento decisivo con el Gobierno del señor Alessandri. Es decir, entregamos ese programa que era una forma práctica de movilizar a las masas con un contenido y un objetivo revolucionario.

Alianzas con la Democracia Cristiana en el campo parlamentario, municipal y sindical, desfiguraban más y más nuestra fisonomía política, habiéndole posibilidades al señor Frei. En el Parlamento, nuestra oposición al Gobierno del señor Alessandri no se diferenciaba de la oposición burguesa de la Democracia Cristiana. En los municipios, por granjerías de segundo orden, pactábamos con estos últimos o con los radicales, confundiendo nuestra acción con la gastada politiquería de los partidos burgueses; en el campo sindical, tratábamos siempre de conservar o lograr posiciones en organismos directivos a través de estas mismas componendas que desorientaban a las masas.

POR EL CAMINO DEL REFORMISMO Al llegar al Congreso de Concepción, el ritmo de crecimiento del movimiento popular era menor que el alcanzado por la Democracia Cristiana. Nuestro retraso en levantar la postulación del camarada Salvador Allende, casi llegó a hacerla transable dentro del FRAP, desarrollando los apetitos de Baltazar Castro y Montero Smith.

En el período previo al Congreso de Concepción, el partido vivía un clima de inquietud y discusión. Las enormes posibilidades revolucionarias que se vislumbraban en el país creaban una legítima impaciencia por darle una salida de ese mismo orden a la situación. Era visible para los sectores más politizados del partido que se estaba siguiendo un camino distinto al proyectado. Era un cambio indoloro, que aparentemente mantenía la formulación de una línea política correcta que era negada en la práctica.

Se produjo la reacción y la resistencia en el interior del partido.

Frente a esta inquietud partidaria, se agitó el espectro de la división y del trotskismo; se desató el terror psicológico para despertar legítimos sentimientos de autodefensa partidaria, inventando el peligro de la división organizada. Recordemos parte del informe al Congreso General de Concepción del camarada Secretario General:

“Ha llegado la hora de separar la paja del grano. Si el partido quiere surgir como la vanguardia auténtica del movimiento popular, necesita poner término a la labor divisionista de las fracciones anti-partido.”

“Los promotores de la campaña divisionista van más lejos. Estiman que, si bien existen desde ahora tendencias centrifugas en los partidos mayoritarios de la clase obrera, una derrota electoral en septiembre determinaría una crisis profunda en su autoridad sobre las masas. No es extraño, entonces, que el 1º de octubre de 1962, la

Comisión política del Comité Regional Santiago dijera oficialmente en un informe a las bases: "en realidad, dentro del marco estrictamente electoral de la población actual, somos y seguiremos siendo siempre una minoría. A la acción disgregadora se añade la consigna derrotista."

Es decir, quienes alertaban al partido, quienes se inquietaban por el camino peligroso por donde se conducía la lucha, eran anti-partido, divisionistas conscientes, desintegradores, etc.

¿En qué consistía este "derrotismo" y este "espíritu dissociador"?

En octubre de 1963, el Comité Regional del primer distrito de Santiago, decía en su informe al Congreso Regional, lo siguiente:

"Se advierte que por el saludable propósito de allegar votos a nuestro candidato, nos hemos colocado políticamente a la defensiva. Tratamos de demostrar que no somos un peligro para nadie y que estamos dispuestos a congraciarnos con todos los sectores o personas que eventualmente puedan apoyarnos..." "Parece como si estuviésemos empeñados en diluir el contenido propio del movimiento popular en un recipiente vasto, corriendo el riesgo de que desaparezca el carácter y el perfil de la candidatura."

"Parece haberse relegado a un papel secundario la preparación del pueblo para el enfrentamiento de fuerzas en el plano estrictamente social."

"De resultados de esta política, nos parecemos cada día más a la Democracia Cristiana y resulta artificioso el intentar distinguirnos de ellos por razones más o menos metafísicas" ... "Por último, también se advierte en el seno del partido desconfianza e inquietud frente al papel predominante que aparentemente juegan en la candidatura del Dr. Allende personas y equipos que no se identifican con el carácter y la orientación que debe tener el movimiento popular."

La delegación del Comité Regional de Aconcagua presentó un Documento que en una de sus partes decía:

"Hemos visto confundida nuestra oposición de clase al régimen del señor Alessandri con la oposición burguesa de la Democracia Cristiana. Esto, en el terreno municipal, parlamentario y en los frentes de masa. Mientras la D. C. nos habla de cambios estructurales, de reforma agraria y de revolución en libertad, nosotros desfiguramos el contenido de clase de nuestra línea de Frente de Trabajadores, mellamos todas las aristas revolucionarias a la campaña de Allende, desfigurándola ante las masas con una aparatosa cohorte de "independientes". Como resultado, a 8 meses de la elección presidencial, los trabajadores aún no saben en qué consisten y en qué se diferencian los cambios estructurales de Salvador Allende de los de Eduardo Frei."

En el mismo sentido se pronunció el partido en Valparaíso, y su tesis presentada en Concepción expresaba iguales temores.

La Dirección no supo comprender esta inquietud que se manifestaba en distintas formas y, por lo tanto, menos pudo encauzarla correctamente. Las diferencias políticas que surgieron tuvieron una salida burocrática de eliminaciones y expulsiones que dejaron una sensación de humillación en algunos, de amargura en otros, y n

faltaron los débiles que se quebraron. La Democracia Cristiana usó su arma favorita de la campaña: el soborno, en el que cayeron socialistas de una u otra posición. Este epílogo desgraciado de la lucha política interna pretendió usarse para descalificar a todo un pensamiento político, sin considerar que de un lado y otro del partido habían surgido mercenarios.

El diferendo tomó caracteres agudos en el primer distrito de Santiago. La delegación que representaba mayoritariamente a ese Regional quedó fuera de las discusiones, utilizándose argucias estatutarias. Se le dio un corte burocrático a un problema político, impidiéndose una confrontación ideológica abierta y franca.

El Congreso de Concepción debió ser el más importante en nuestra vida partidaria. Debía resolverse allí cómo ir a la toma del poder a corto plazo. El partido tenía por delante la posibilidad de cumplir su misión histórica; dependía en gran parte de su propia decisión. Lamentablemente, ese torneo estuvo lejos de estar a la altura de las circunstancias y puede afirmarse que fue el peor realizado en más de una década. Allí se llegó con una línea desfigurada en la práctica y sus resoluciones oficializaron esa posición.

Probemos nuestras afirmaciones. El informe del C.C. al XX Congreso decía en una de sus partes lo siguiente:

"Enfrentamos las elecciones, pues, porque existen condiciones favorables para ganarlas y, porque, ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la Revolución Chilena. Además, porque, objetivamente no existe otra opción. (los subrayados son nuestros). Los agoreros que pronostican el fracaso y propagan el derrotismo no pueden ofrecer un solo elemento de juicio para justificar la vía insurreccional como el camino correcto en las circunstancias actuales, aparte de la narcisista propensión a considerar sus propias impaciencias demagógicas como un reflejo de la situación histórica."

"Confunden, en realidad, la violencia revolucionaria con el histerismo de los aventureros; la insurrección con el putch; las grandes acciones colectivas con las conspiraciones de fuentes de soda. Y, si bien con sus tesis presuntuosas buscan sentar plazas de revolucionarios intransigentes, en los hechos su prédica proporciona un material inapreciable a los publicistas reaccionarios y desmoraliza a muchos luchadores de avanzada. En los tres meses próximos la organización y la disciplina del pueblo necesitan alcanzar su más alto nivel para desbaratar la conspiración de los golpistas y la amarga crítica de los profetas de la desesperación."

¡Duro lenguaje para calificar a quienes tenían legítimo derecho a expresar su pensamiento y a defenderlo dentro del partido. La seguridad mesiánica en el triunfo había desarrollado una prepotencia arrogante en algunos camaradas que iban a administrar esa victoria!

¿Cómo podíamos afirmar en 1963 que "objetivamente no había otra opción?"

¿Significaba esto que los análisis anteriores, nuestras resoluciones, eran palabrería esteril?

En ese mismo informe al XX Congreso se decía algo correcto:

"Toda revolución verdadera irrumpe —como un marxista debe saberlo— del conflicto básico entre las fuerzas productivas y una superestructura anquilosada que paraliza el desarrollo social. La necesidad del cambio se expresa, en ese momento, en apremiantes demandas de las masas, sintetizadas en aspiraciones vitales que constituyen el elemento dinámico de la transformación."

Que esas contradicciones objetivas existían en la estructura económica-social del país, lo veníamos afirmando hace años. Sin embargo, en Febrero de 1964, al parecer, habían desaparecido.

En las Resoluciones de ese Congreso se dio el remache final a esta nueva visión de la situación en Chile:

"Reconocemos que nos encontramos luchando en difíciles condiciones frente a la burguesía nacional y al imperialismo yanqui. Hasta ahora, siempre han vencido cuando las contiendas electorales se dan en los marcos de esta democracia representativa y fraudulenta, creada y perfeccionada por las clases dominantes y sus amos extranjeros. Esta vez creemos, sin embargo, que la voluntad del pueblo podrá sobreponerse a las limitaciones y deformaciones de un orden jurídico reaccionario."

Aunque esta concepción no tuviera apelativo, era la ilusión de la "Vía Pacífica" que pregona el Partido Comunista, pero jamás nuestra legítima línea de Frente de Trabajadores.

Desde Concepción al 4 de Septiembre, navegamos a velas desplegadas hacia el triunfo electoral. El carácter revolucionario de la lucha quedó entre nuestros papeles. Curicó, con su magnífica movilización de masas fue como el último aleteo del cisne: allí terminaron, por una etapa, nuestros arrestos revolucionarios.

Días después del "naranja", ante las masas entusiastas reunidas en la Alameda, el camarada Allende lanzaría su invocación a los Matta y a los Gallo y recordaría sus principios "socialistas" a los radicales, para saltar después a su entrevista con Julio Durán y terminar al final de la campaña hablando con el cardenal.

Por la confianza que las grandes masas tenían en el camarada Salvador Allende, por su proyección más allá de los partidos populares, sus actitudes políticas tenían un valor fundamental y propio que le permitían jugar un papel dinamizador o paralizador de la lucha según fuese la dirección y ritmo que le diese a la contienda. Podía influir en darle un contenido u otro a la campaña. Desgraciadamente, sus posiciones ayudaron a aumentar el caudal reformista. Veamos una intervención característica de la última etapa de nuestro candidato, reproducida en un número especial de "Arauco".

"No hay ningún país del mundo en que se haya buscado el camino legal para hacer la Revolución. Nosotros creemos que vamos a conquistar el poder a través del camino legal a fin de elegir un presidente socialista, que va a realizar un programa y un plan de gobierno. ¡Programa que honestamente se le ha dicho a Chile, en forma reiterada, ni siquiera es socialista"... "puedo reafirmar que indiscutiblemente nosotros vamos a promover estos cambios, estas transformaciones sobre el cauce legal existente y para dar al pueblo

de Chile una nueva Carta fundamental". Y agregaba más adelante que el Socialismo en Chile, lo verían sus nietos...

La posición defensiva se acentuó más. El rompimiento de relaciones con Cuba pudo ser motivo para movillar a las masas con un contenido político. Se constituyó una Comisión CUT-FECH (controlada por la D. C.); se hizo una gran declaración y una minúscula concentración de protesta para conformar a los ilusos.

El rumor del "golpe militar" permitió repetir la misma actitud. Orden de prevenirse, pero no de salir a la calle con el pueblo en una posición combativa. ¡Había que evitar las provocaciones!

En el Pleno de Junio de 1964, a menos de 60 días de la elección, en el "Mensaje del Partido Socialista al pueblo de Chile", expresá-bamos lo siguiente:

"Nuestro pueblo ha permanecido obediente pero no sumiso... Ha aceptado un camino de acuerdo a las condiciones chilenas. Todas sus energías las está entregando en esta lucha y usando las reglas del juego de una democracia formalista y tradicional, busca hacer los cambios reales que abran la perspectiva hacia la construcción de una sociedad más justa. Un camino legal, pero revolucionario, porque alterará las estructuras básicas en que se cimentan nuestras relaciones de producción. Sabemos que el Socialismo es un proceso. Queremos llegar al Socialismo, pero no buscando el camino brusco y violento. Queremos un proceso con plena y consciente participación de las masas."

El último acto lo sabemos todos... y nos duele a todos...

EL PARTIDO Y SU DIRECCION La consumación de una política revolucionaria —esto es la toma del poder— exige la convergencia de dos factores fundamentales: las condiciones objetivas, o sea la situación económica social adecuada que fundamente e impulse la lucha revolucionaria de las masas; y las condiciones subjetivas, vale decir, el partido, la dirección política consciente, fundida a las masas, capaz y dispuesta a conducir las al triunfo.

Las condiciones objetivas estaban dadas y de ello teníamos conciencia. Nuestra tarea consistía, entonces, en preparar al partido y al movimiento popular para cumplir su cometido. Congreso tras Congreso habíamos repetido que debíamos llevar al partido a una acción revolucionaria práctica, en consonancia con su línea estratégica.

¿Qué ocurrió, entonces? ¿Eran falsas nuestras premisas, o no supimos, pese a nuestras declaraciones, llevar la lucha por su verdadero camino?

Nadie podría negar el poderoso ascenso del movimiento popular, su combatividad, su madurez, su amplitud. El hecho que se haya atrevido a enfrentar solo a las fuerzas coaligadas de la reacción nacional e internacional y del imperialismo mundial, en la más feroz campaña antipopular organizada en América Latina, —lucha que llegó a preocupar al mundo entero— indica cuanta fuerza encerraba ese movimiento.

Pero las masas asalariadas, por sí solas, no transforman su conciencia de clase en conciencia política revolucionaria. Este es el papel del partido: orientarlas y conducir las hacia su objetivo histórico. Ellas, difícilmente desbordan a su dirección; y cuando lo hacen desembocan en asonadas estériles. De aquí que el movimiento allendista, a pesar de representar lo más politizado y consciente de las clases asalariadas de Chile, no haya llegado más allá de donde estaban dispuestos a llegar sus conductores. /

La sola formulación de una política revolucionaria no hace por sí revolucionario al partido, no convierte obligadamente su acción en tal. Nosotros materializamos la tesis de Frente de Trabajadores en el FRAP, con lo cual saltamos desde una política reformista a una posición clasista y nos propusimos tareas de trascendencia histórica concretamente definidas en el tiempo: conducir a su justo destino la lucha social que se estaba desarrollando en el país. Era necesario hacer conciencia sobre esta especie de "salto" hacia adelante en nuestra vida partidaria. Pero no supimos convertirnos nosotros mismos en un aparato revolucionario ni transformarnos en la organización orientadora del movimiento popular. Un partido como el nuestro, con un pesado lastre de escepticismo acumulado en años de política reformista, de escisiones y de luchas intestinas (muchas de ellas sin principios), necesitaba una transformación política interna profunda para responder a la nueva situación. Había que romper los hábitos pequeño-burgueses acomodaticios, producto de nuestra vida democrático-burguesa, para ir a una conformación revolucionaria de la organización. Sin embargo, continuamos desenvolviéndonos como un partido socialdemócrata, rutinario, burocratizado y con un aparato dirigente de arriba a abajo socialmente pequeño-burgués sin una conformación ideológica realmente revolucionaria.

No le dimos al partido ese profundo sacudón para hacerle comprender que habíamos pasado a una acción distinta que exigía romper con la comodidad congénita.

En estas circunstancias, la historia nos colocó frente a una situación excepcionalmente favorable para conducir y ser los caudillos de la liberación nacional. Podíamos haber ganado o perdido, eso no viene al caso. Lo grave es que cuando tuvimos la oportunidad de jugar nuestro papel revolucionario, no lo intentamos, no tratamos de probar nuestra capacidad y carácter revolucionario. En suma, no respondimos al llamado de la historia; nos convertimos en un partido más.

Sin desconocer las causas profundas que limitaban las posibilidades del partido para jugar su papel de vanguardia debemos, por último, clarificar la responsabilidad de la Dirección Política en todo el desarrollo de este proceso y analizar qué hizo por la modificación de esta situación y por elevar la organización a LA ALTURA DE LAS NECESIDADES DEL MOMENTO.

Desde 1961, una misma Dirección Política —cuyas pequeñas variantes no modifican su carácter— tuvo a su cargo la conducción del partido. Aún más, y para ser verídicos, desde la unificación de

1957 hubo una línea general que le dio cierta uniformidad política. No obstante, es desde el Congreso de Los Andes de 1961 de donde arrancó una mayor continuidad y homogeneidad y esto se produjo y coincidió con la puesta en marcha del movimiento popular hacia la conquista del poder.

Ahora bien, teníamos plena conciencia de nuestras debilidades y de nuestras obligaciones. Sin embargo, el partido no fue orientado interiormente hacia una actividad distinta y, exteriormente, fue perdiendo su vigor, su fisonomía y su consistencia política.

La orientación y conducción la efectúa el Comité Central y el partido tiene fe y descansa en él. De allí su responsabilidad principal: él dirige y maneja el capital político del partido, su destino; debe responder a él del uso que le ha dado. Durante un lustro, el partido, Congreso tras Congreso, le entregó un mandato a su Dirección: que le condujera al combate. No le mezquinó atribuciones. Tenía fe en sus dirigentes hasta aceptarles sus propias debilidades o excesos con tal que lo llevara al triunfo.

A la hora de las decisiones, la Dirección convenció a la mayoría del partido de la necesidad de conducir al pueblo a la victoria mediante el veredicto democrático de las urnas. Ella asumió dura y tercamente la responsabilidad de esta salida de la Revolución Chilena. Debe asumir también, ahora, la cuota de responsabilidad que le corresponde en la derrota.

No se trata de execrar o descalificar a nadie, sino de que el partido en su conjunto, la Dirección en particular y cada uno personalmente, asimile las enseñanzas de esta etapa para cumplir como corresponde en la que viene.

El recuento de una derrota es amargo y hasta doloroso. Nadie puede sentir satisfacción en hacerlo; y sólo tiene valor si persigue como finalidad cauterizar las heridas, ganar experiencias y provocar una robusta recuperación para el futuro.

El Socialismo ha perdido una batalla, pero no hay obstáculo alguno que pueda impedir el triunfo final de los trabajadores. A la luz de estas experiencias, preparemos la victoria en la nueva etapa que tenemos por delante.

II.—NUEVA ETAPA

El desarrollo de la Revolución Chilena se inserta en el proceso de la Revolución Colonial que sacude a los continentes atrasados y subdesarrollados y en la lucha general de todos los pueblos por el socialismo. Desde este punto de vista, es indispensable tener una visión clara del desarrollo de los acontecimientos mundiales y de las perspectivas que de ellos se desprendan.

Enmarcado así nuestro análisis, por adversas que puedan parecer por el momento las posibilidades revolucionarias de la clase obrera chilena, nuestra acción futura deberá surgir imbuida de un profundo optimismo, no producto de la fe, sino del convencimiento científico de que las características de la época; las contradicciones in-

solubles del régimen capitalista; la inestabilidad económica y social de América Latina; el ascenso de las luchas revolucionarias de las masas de los países atrasados; en fin, el fortalecimiento del mundo socialista, mantienen promisorias perspectivas de triunfo para la liberación definitiva de nuestros pueblos.

En nuestro país, tanto por las características del partido gobernante, y los intereses económicos que representa, como por su propio programa y actitud concreta frente a los problemas existentes, se mantienen en pie los postulados de cambios revolucionarios del movimiento popular, como la única alternativa para una solución verdadera. Por lo tanto, se hace más necesaria que nunca nuestra acción impulsora y conductora en los próximos combates.

Veamos en particular la situación mundial y nacional.

SITUACION INTERNACIONAL La característica fundamental de nuestra época está determinada por el tránsito en escala mundial del capitalismo al socialismo, proceso que se desarrolló ante nuestros ojos; que tuvo su comienzo en la Revolución de Octubre, que se fortaleció después de la segunda guerra mundial con el triunfo del socialismo en China y diversos países de Europa Oriental y Asia, que se prolonga después en profundos movimientos revolucionarios de liberación nacional orientados hacia el socialismo en el mundo árabe y en Africa Negra y que se extiende también hasta nuestra propia América Latina a través de la triunfante Revolución Cubana y el desarrollo y maduración de las fuerzas revolucionarias en todos nuestros países, lograda a pesar de la agresiva resistencia del imperialismo y sus aliados criollos.

El fortalecimiento del mundo socialista, sus éxitos económicos, impulsan y empujan al mundo hacia adelante, y el proceso de desestalinización en la Unión Soviética, por otra parte, representa otro avance promisor hacia el logro de los objetivos históricos de la clase obrera.

La crisis del movimiento comunista mundial, expresada en la querrela ideológica y política chino-soviética, si bien significa desde un ángulo un momentáneo debilitamiento del mundo socialista, por haber culminado en un conflicto entre estados, desde otro punto de vista representa la quiebra del monopolitismo dogmático en el movimiento comunista y una posibilidad cada vez más cierta de que los diferentes países luchen por el Socialismo y lo construyan conforme sus propias realidades lo determinen, proporcionando desde este aspecto, vitalidad y energía renovada al proceso revolucionario mundial.

En América Latina, las luchas de nuestros pueblos por su liberación y por el Socialismo se ven pujantemente alentadas tanto por el desarrollo del Socialismo en el mundo, como por el impetuoso avance de los movimientos revolucionarios entre los pueblos coloniales y dependientes. Cada vez nos sentimos más solidarios no sólo ya con nuestros hermanos latinoamericanos sino también con los que en otras tierras luchan incluso derramando su sangre contra el prin-

cipal baluarte del capitalismo del mundo, el Imperialismo norteamericano.

El triunfo de la Revolución Socialista en Cuba significó el comienzo de una nueva etapa en la acción imperialista sobre América Latina. Su patio trasero ya no está seguro y sus aliados nativos, —las oligarquías y burguesías comprometidas con él—, advierten que puede estar próximo su derrumbe bajo el empuje de un movimiento popular cada vez más radical y combativo. Frente a este peligro, se consolida y amarra más estrechamente la alianza entre el imperialismo y las clases poseedoras latinoamericanas y se buscan frenéticamente nuevas formas de acción que logren detener el proceso revolucionario. El Imperialismo acude a la Iglesia católica para que le sirva de aliado suyo en su afán de mantener el orden imperante en el continente, iniciando, en íntimo maridaje, la empresa de intentar detener la Revolución.

En el orden político, sobre todo después de la muerte de Kennedy, que significó la consolidación en el poder del sector más representativo de los intereses internacionales del imperialismo, este se empeña en una nueva política, cuyas líneas maestras son: a) el estímulo de las dictaduras militares, sustentadas en las oligarquías nacionales y en la plutocracia; b) el derrocamiento de los gobiernos legítimos que significan un obstáculo para el desarrollo de esta nueva política; c) la más descarada y desenfrenada intervención en los asuntos políticos de las naciones latinoamericanas, desde la abierta intervención militar, la intervención en los procesos electorales mediante el empleo corruptor de los dólares, hasta el espionaje y la delación con aparatos tales, como el Cuerpo de Voluntarios de la Paz, y el llamado Plan Camelot, etc.; d) el abandono de su política aparentemente blanda para impulsar un plan de super penetración del capital monopolista, a través de los intentos de crear el Mercado Común Latino Americano, a través de las "asociaciones", que constituyen un plan para llevar los recursos naturales de América Latina a las condiciones de sometimiento en que se encuentra Puerto Rico; el financiamiento de las empresas privadas por el capital norteamericano y otras medidas destinadas a poner a cubierto al capital extranjero del riesgo de las nacionalizaciones confiscatorias, cubriendo con el carácter de "nacional" a las empresas dominadas por su capital.

Dentro de esta novísima y agresiva política del imperialismo, ya la actual estructura de la OEA no satisface a los Estados Unidos. La invasión de Santo Domingo, violando el Derecho Internacional Americano, es el comienzo de la realización de la llamada Doctrina Johnson, doctrina que en esencia tiende a legalizar la intervención, incluso armada, de la nación del Norte a través de la fuerza Interamericana de paz, en cualquier territorio donde el imperialismo considere que sus intereses se encuentran amagados o en peligro.

Esta agresividad del imperialismo ha despertado una reacción dentro de los países latinoamericanos cada vez más profunda, que ha llegado a toda la población del continente, la que ha podido

darse cuenta de los verdaderos objetivos antinacionales del imperialismo y sus aliados. Esta respuesta popular es tan intensa que ha obligado a algunos gobiernos como Uruguay, Chile y México, a disentir de las nuevas actitudes asumidas por Norteamérica, corriendo los riesgos que ella implica para su política interna. Esta maduración de la conciencia antimperialista, unida a la convicción de que las fuerzas armadas de Norteamérica tratarán de impedir la liberación de los pueblos latinoamericanos y la implantación del Socialismo, están ayudando poderosamente al desarrollo del movimiento popular y de la Revolución.

LA SITUACION NACIONAL La no conducción de la lucha social hacia un enfrentamiento decisivo de clases y su orientación exclusiva por la vía electoral, presentando este camino como una etapa de la Revolución Chilena, dejó a ésta sin otra posibilidad que el triunfo en las urnas. El fracaso, la dejó sin salida momentáneamente provocando un cambio en el estado anímico y en el sentido del movimiento de masas: su reflujo político.

Sin embargo, el proceso de la Revolución no se rompió con la derrota. Su desenlace ilegítimo, —que no llevó a jugarse a la clase y solo desgastó sus energías en luchas insustanciales—, permitió que sus fuerzas quedaran con sus cuadros vivos y combatientes. La derrota electoral produjo el repliegue del movimiento de masas desarrollado por el FRAP, creando una nueva situación política sobre las mismas condiciones objetivas favorable para la lucha revolucionaria, agudizadas incluso por la miseria creciente y la intervención brutal del imperialismo para aplastar la insurgencia de los movimientos liberadores de América Latina. Por otra parte, al margen de haber frustrado por una etapa la lucha por el poder, la campaña presidencial dejó un saldo favorable: el desarrollo del movimiento popular, su fortaleza política y la incorporación masiva de amplios sectores de masas a la lucha social.

Todo este capital político, puesto nuevamente en marcha hacia la toma del poder como objetivo de fondo, depurado y orientado sin debilidades ni vacilaciones hacia su meta histórica, debe culminar ineluctablemente en el triunfo del Socialismo.

Permaneciendo válidos nuestros análisis anteriores sobre las condiciones generales de la lucha en el país, nos corresponde estudiar detenidamente la nueva situación creada con el ascenso de la Democracia Cristiana al poder para determinar correctamente nuestra perspectiva y adecuar las tareas a esta realidad y desde allí impulsar el movimiento hacia un terreno más favorable para la Revolución.

La Democracia Cristiana.— Los partidos políticos expresan y representan intereses de clase. El Partido Demócrata Cristiano es la expresión más acabada de la burguesía nacional. Pero más allá de afirmar su carácter burgués, es necesario detenerse en sus caracte-

rísticas particulares que lo hacen más peligroso para los trabajadores.

La insurgencia revolucionaria de las masas en el presente siglo llevó a la Iglesia Católica, —durante centenas de años dócil instrumento al servicio de los explotadores—, a buscar una forma distinta de conservar su influencia y sus intereses, ligados a las clases explotadoras de la sociedad capitalista, desde el afianzamiento de este régimen en la historia. Su filosofía tenía y tiene por objetivo apartar a los trabajadores del camino revolucionario para orientarlos hacia la convivencia social y al entendimiento entre el Capital y el Trabajo, de manera que permita la existencia de la explotación capitalista bajo formas “más humanas”. Su llamado fue la base de la creación de los movimientos social cristianos o Democratas Cristianos.

La Democracia Cristiana Chilena es producto típico de este fenómeno. Su origen está en la Juventud del Partido Conservador que se rebeló contra sus anquilosados padres para formar un movimiento “renovador” con la sensibilidad social suficiente para preocuparse de los problemas del pueblo. Dos aspectos la diferencian de los partidos tradicionales de la derecha: su mística política y su reformismo populista. Ambos aspectos se asientan en la “nueva” filosofía social de la Iglesia.

Su papel, entonces, es esencialmente reaccionario y antisocialista: pretende mantener o prolongar las formas capitalistas de vida, haciéndole al sistema las reformas necesarias que lo hagan “tolerable” a los trabajadores. Su defensa de los “valores morales”, de la “convivencia humana” de la “civilización occidental”, etc., esconde, tras su abstracción, la defensa del régimen de vida burgués y los privilegios de su clase explotadora: la burguesía. Su misión la cumple adaptándose a las circunstancias concretas de cada país.

En la Europa de postguerra se convierte en el líder de la restauración capitalista. En los países atrasados surge con un sentido reformista, hasta hablar, como en Chile, de “Revolución en libertad”. En ambos casos el objetivo es el mismo; detener la Revolución socialista. En nuestro país, la madurez de las condiciones objetivas y el desarrollo radicalizado del movimiento popular, poniendo en peligro la estabilidad burguesa, ha llevado a la Democracia Cristiana, en su condición de portavoz de la naciente burguesía nacional, a adaptarse a la inquietud revolucionaria de las masas, mostrando su cara más avanzada. La política de cambios que con tanto bombo pregona el gobierno encuentra su fundamento en la aspiración de la burguesía de desarrollarse y afianzarse como clase. En esta vana búsqueda de su realización histórica, ella trata inútilmente de encontrar salida a las contradicciones de una economía retrasada y dependiente. La pretensión demócratacristiana de dar una solución burguesa al retraso económico y social del país choca con los intereses oligárquicos e imperialistas y con sus propias raíces que la atan a esos intereses, haciendo estériles sus pujos reformistas.

Pero la impotencia histórica de las débiles burguesías de los países atrasados para culminar su propio desarrollo no significa, sin

embargo, que estemos frente a una clase social pasiva. Por el contrario, el triunfo de la Revolución en más de un tercio de la humanidad y la lucha de las masas en el resto del mundo por terminar la explotación capitalista, han llevado a la burguesía a tomar medidas no sólo de autodefensa del régimen, sino también de prevención y de "perfeccionamiento" para hacerlo más llevadero a las clases explotadas. En este sentido los intentos de la Democracia Cristiana chilena sobre el agro; sobre "limitación" del poder imperialista; redistribución de la renta nacional; impuesto patrimonial; promoción popular y otros, más que medidas demagógicas en sí, son tímidas fórmulas que pretenden el desarrollo capitalista del país y un mejor standard de vida para los trabajadores que les paralice en su acción revolucionaria.

Su programa no va más allá de consolidar las formas capitalistas de vida. Su ropaje populista le sirve para afianzarse en las masas y con su apoyo darse una base de sustentación que le permita, junto con presionar a la derecha y al imperialismo, cuyos excesivos privilegios la asfixian, empinarse sobre las amarras que la unen a esas fuerzas y a la vez deteriorar la influencia de los partidos obreros. Cumple así integralmente su función de salvadora del régimen vigente definiéndose asimismo en forma categórica: **REACCIONARIA Y ANTISOCIALISTA EN CUANTO PRETENDE EL AFIANZAMIENTO DE LA BURGUESIA COMO CLASE; REFORMISTA Y PATERNAL EN CUANTO NECESITA EL APOYO DE LAS MASAS PARA SUS PROPIOS FINES DE REPRESENTANTE DE LA CLASE CAPITALISTA.** Las palabras de Frei en su Mensaje al nuevo Parlamento advirtiendo a la oligarquía terrateniente que acepte hoy perder sus tierras antes que mañana pueda, además, perder su cabeza; así como las decisiones de la Iglesia de apoyar la Reforma Agraria "antes que mañana se haga en forma sangrienta", comprueban explícitamente la esencia burguesa de la Democracia Cristiana como el carácter reaccionario y conservador de la intervención de la Iglesia, no obstante lo progresivo en sí de las medidas que puedan auspiciar.

PERSPECTIVAS DEL PARTIDO Y DEL MOVIMIENTO POPULAR El resultado electoral del 4 de Septiembre demostró que además del apoyo de la derecha y del terror psicológico empleado contra la postulación del camarada Salvador Allende, sectores de la clase obrera que se supone con conciencia de clase —y que la han expresado en otras oportunidades— votaron libremente por Frei; es decir, la Democracia Cristiana ha conquistado un apoyo real en los sectores populares, que se ha ampliado avasalladoramente en Marzo y momentáneamente se solidifica con la acción populista del Gobierno. A su vez, la derecha tradicional ha perdido su base de sustentación. En Septiembre presta su apoyo para detener el peligro allendista; en Marzo, utilizando los medios de siempre, trató de conservar su poderío, pero quedó reducida a su real base social minoritaria y oligárquica. El campesinado políticamente retrasado y las masas inorgánicas de los sectores

"marginales", hasta hace poco mercado electoral propio de la derecha, se vació en la Democracia Cristiana no por voluntad de sus explotadores permanentes. Esta derecha reaccionaria se revuelve ahora impotente ante las medidas reformistas del Gobierno que ayudó a elegir.

Esto es lo nuevo en la situación actual. Un movimiento en sí reaccionario y antisocialista, afianzado orgánicamente en amplios sectores de masas, tratando de realizar "en libertad" cambios para hacer de Chile un país desarrollado económicamente. Tenemos que enfrentarnos por primera vez a un gobierno que con objetivos distintos a los nuestros moviliza al pueblo con un programa que en muchos aspectos es nuestro programa y que para cumplirlo busca comprometer a las masas incorporándolas a su gestión en forma paternalista y con optimismo y confianza en su fuerza. Se trata de un adversario que sabe lo que quiere y a dónde va. Lo peor sería engañarnos a nosotros mismos con respecto a los objetivos y a las fuerzas de este enemigo declarado de la Revolución Socialista.

Sin embargo, tenemos una concepción dialéctica del proceso social. No miramos la situación como algo inmutable, que existe fuera de nosotros y ajena a nuestro propio accionar, sino como algo dinámico, en perpetuo cambio. La realidad la conforman los propios hombres con su cotidiano y permanente vivir y luchar. Reafirmamos esto como una necesidad de armar ideológicamente al movimiento popular y devolverle la confianza en sus fuerzas y en su destino histórico. Y también para responder a la idea de que esto o aquello no se puede hacer "porque las condiciones no están dadas" o porque la "realidad no lo permite". Es cierto que la mecánica de la lucha de clases tiene sus leyes que no pueden romperse subjetivamente; pero el movimiento social puede ser orientado e impulsado hacia un objetivo determinado y apresurado su ritmo de lucha con una acción consciente, siempre y cuando la base de ese movimiento obedezca al devenir histórico.

No podemos negarle a la Democracia Cristiana su pretensión de cambiar el viejo andamiaje económico y social del país. Por el contrario, debemos exigirle que cumpla para desenmascarar su falacia; pero a la vez tenemos la obligación de denunciar su incapacidad real de satisfacer esas aspiraciones como consecuencia de los nudos indivisibles que la unen al sistema que dice querer cambiar. Junto con denunciar y demostrar su ligazón natural con la vieja estructura, debemos reclamar para la clase obrera y las masas asalariadas, dirigidas por sus partidos de clase, la tarea de la liberación nacional, haciendo conciencia de que estas acciones van indisolublemente unidas a los objetivos socialistas del proletariado.

Los balbuceos progresistas de la Democracia Cristiana no pueden hacernos dudar de la vigencia de nuestros postulados básicos. No hay ni puede haber sino una revolución: la que lleve al poder a la clase obrera y al pueblo para realizar a través de un solo proceso, las tareas incumplidas de la Revolución democrática burguesa y la Revolución Socialista. La respuesta a la impotencia de la burguesía para resolver las contradicciones de nuestra estructura económica

y dependencia del imperialismo, es la transformación revolucionaria del régimen actual por la clase obrera convertida en clase gobernante. Es decir, nuestra perspectiva sigue siendo la toma del poder, aunque este objetivo no esté a la orden del día en lo inmediato por las condiciones actuales que han cambiado la característica y el ritmo de la lucha.

Dentro de esta perspectiva, las tareas presentes de los partidos de vanguardia son, por un lado, la reconquista de las masas, enfrentando al partido de gobierno con soluciones revolucionarias que clarifiquen y establezcan la alternativa: Democracia Cristiana Burguesa o Socialismo; y por otro, impulsar la lucha del pueblo desde su nivel actual —de relativa confianza en el Gobierno— hacia una salida revolucionaria que culmine con la toma del poder.

Pero no bastan estos enunciados generales, fáciles de aceptar en abstracto. El problema es determinar en la vida política concreta, tácticas y métodos de lucha que nos conduzcan a esos objetivos. Entre la estrategia y su forma de desarrollarla debe existir no sólo una consonancia formal sino un ligamento interior que, junto con unir indisolublemente una con la otra, las dinamice y las impulse en el mismo sentido. Sólo una concepción revolucionaria de lucha, una concepción marxista-leninista consecuente, nos permitirá una congruencia efectiva, entre la estrategia y la acción diaria.

La situación actual exige al movimiento popular no sólo definir su estrategia y sus métodos generales de lucha, sino también resolver la forma concreta y práctica de aplicarlos. La Democracia Cristiana está utilizando tanto su aparato estatal como el partidario para penetrar en las masas. Está organizando y movilizándolo a los campesinos, a los pobladores, a las mujeres; les está haciendo participar en sus soluciones. Cualquiera que sea el sentido que ella le dé a esa movilización, lo real es que les están incorporando a la acción. ¿Hasta dónde van a llegar con los sindicatos campesinos, con las juntas de vecinos, con los centros de madres? A no mucho andar pretenderán detenerlos; pero esto dependerá de la orientación que se dé al movimiento popular. Si somos capaces de meterlos en "su Revolución en libertad" para producir la contradicción entre los objetivos de la Democracia Cristiana y los nuestros, estaremos dando los primeros pasos para reorientar la lucha y llevar al pueblo a que pase por encima de sus falsos redentores.

Necesitamos incorporarnos a esas luchas orgánicamente y con un sentido político catalizador, que no sólo acompañe al poblador para la conquista del pilón y de la ampollita; o con el campesino para que organice su sindicato legal, sino que provoque y desarrolle en ellos una aspiración de poder y una reacción cada vez más violenta contra sus explotadores, sean éstos su patrón o el Gobierno Democrata Cristiano que ampara esa explotación.

Por el momento, la lucha de hoy consiste en hacer, más que grandes y sonoras cosas, muchas pequeñas acciones que vayan provocando un cambio molecular en las masas hasta hacer de ellas un ariete revolucionario anticapitalista dispuesto a aplastar a sus explotadores. Es una tarea que exige un trabajo persistente, sistemático, oscu-

ro si se quiere, pero no por eso menos revolucionario que un llamado a las armas.

Junto con aglizar la organización del movimiento popular, incluida la Central Unica de Trabajadores, debemos afianzarnos de nuevo en las masas con una política de contornos precisos y definidos, que descarte sin tapujos las alianzas híbridas con fuerzas no trabajadoras, particularmente con el Partido Radical, cuyos intentos de recuperarse desplazándose hacia la izquierda deben denunciarse e impedirse verticalmente; igualmente sería funesto continuar alimentando agrupaciones minúsculas, pseudoizquierdistas que en los hechos son verdaderos despojos de la burguesía. Sería fatal forjar nuevas ilusiones en las masas. El FRAP, como expresión de la línea de Frente de Trabajadores, debe constituirse en un efectivo Frente de Clase, que prepare con un sentido revolucionario el nuevo ascenso del movimiento popular. Una política de este orden implica resolver las diferencias que neutralizan la acción de los partidos obreros, para dar paso a una perspectiva estratégica común elaborada en franca y abierta discusión. Porque mientras se mantenga la actual correlación de fuerzas dentro del movimiento popular, la consecución de los objetivos revolucionarios de la clase obrera sólo será realidad si la conducción del movimiento no significa dos líneas divergentes, ni menos una orientación supeditando a la otra. La unidad Socialista-Comunista, ha significado, en los hechos, dos puntos de vista que han chocado en momentos trascendentes o se han impuesto subrepticamente. No obstante estos obstáculos paralizantes, ha sido la unidad de clase, la unidad Socialista-Comunista, la que ha permitido la formación orgánica del movimiento popular y ha impulsado su desarrollo. Esta premisa sigue siendo válida, pero por los propios resultados de la estrategia seguida como por la experiencia ganada con las actuales formas de entendimiento, necesitamos elevarla a un plano distinto en el cual los objetivos y la estrategia común no impidan la configuración política propia de cada partido. La unidad Socialista-Comunista sigue siendo valedera y está en la esencia de la línea de frente de trabajadores, pero no unidad por unidad sino unidad para preparar el camino de la Revolución y consumarla.

Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder. ¿Significa esto abandonar las elecciones y propiciar el abstencionismo por principios? Debemos clarificar este problema sobre el cual, consciente o inconscientemente, se hace tanta oscuridad.

Un partido revolucionario, que realmente es tal, le dará un sentido y un carácter revolucionario a todos sus pasos, a todas sus acciones y tareas que emprenda y utilizará para estos fines todos los medios que permitan movilizar las masas. Atengámonos a un ejemplo histórico: los bolcheviques utilizaron siempre las elecciones, aunque en situaciones concretas, le declararon el boicot, luchando activamente para que el pueblo no participara en ellas. Lenin se rió del cretinismo antiparlamentario de los anarquistas, pero a la vez fustigó con violencia inusitada el parlamentarismo burgués, la lu-

cha electoral sin principios y sin programa, por conquistar votos o cargos. La acción parlamentaria separada de la lucha por la revolución no tenía sentido para él. ¿Significa esto que los bolcheviques estaban por la "vía insurreccional" en contraposición a la "vía electoral"? No, a ellos no les cabía mentalmente separar el fondo de la forma, su esencia revolucionaria de su acción práctica. Es decir, para ellos había una sola vía: la revolucionaria, expresada en todos sus métodos y acciones. Ahora, si se trata de responder si es posible conquistar el poder por la vía electoral, entendiéndose por esto la instauración de un Gobierno Obrero que expropié los medios de producción de la burguesía, para organizar una sociedad socialista, indudablemente, tanto la historia del movimiento obrero, como los principios marxistas, dicen categóricamente que no es posible y que una política de este orden sólo sirve para sembrar falsas ilusiones en los trabajadores. Pero si se trata de utilizar las elecciones para movilizar las masas, impulsándolas a la lucha revolucionaria y a la insurrección, se estará usando correctamente un método marxista. Las condiciones concretas determinarán en cada caso las posibilidades de desarrollar de la mejor manera posible la lucha de clases en todos los terrenos.

Usemos otro ejemplo histórico: los bolcheviques se tomaron el poder en los momentos en que empezaba a funcionar la "Asamblea Constituyente" que ellos habían exigido y era parte de su programa y cuyos diputados habían sido elegidos por el pueblo después de la caída del Zar y entre los cuáles había una gran cantidad de bolcheviques. Como esa Asamblea le iba a dar forma a una república democrática burguesa, con el apoyo del pueblo armado simplemente la disolvieron para darle vida a un gobierno de obreros, soldados y campesinos. Es decir, los bolcheviques supieron utilizar los mecanismos burgueses para la Revolución, pero jamás encerraron la revolución en esos mecanismos.

Afirmamos que es un dilema falso plantear si debemos ir por la "vía electoral" o la "vía insurreccional". El partido tiene un objetivo, y para alcanzarlo deberá usar los métodos y los medios que la lucha revolucionaria haga necesarios. La insurrección se tendrá que producir cuando la dirección del movimiento popular comprenda que el proceso social, que ella misma ha impulsado, ha llegado a su madurez y se disponga a servir de partera de la Revolución.

No podemos predecir la forma concreta que adquirirá en el futuro la insurgencia de las masas. ¿Quién niega que ella podría partir de esos pobladores y dueñas de casas, desencantados del oropel demócratacristiano?; ¿O de una insurgencia campesina a través de sucesivas tomas de tierras; o de una huelga general de la clase obrera? No olvidemos que en las grandes insurrecciones han sido las barriadas más pobres las que han levantado barricadas, que en la Revolución de Octubre, fueron los soviets (consejos) de obreros, constituidos a veces por encima de las directivas oficiales, los que entregaron con más heroísmo toda su energía a la Revolución y que en China, el ejército de liberación surgió de las guerrillas sustentadas en el campesinado.

En la nueva etapa de la Revolución Chilena, el Partido Socialista tiene una nueva posibilidad de poner a prueba su condición de Vanguardia revolucionaria de la clase, impulsando todas las iniciativas de las masas, desatando sus energías revolucionarias y convirtiéndose en campeón de sus luchas reivindicativas inmediatas y de su liberación definitiva.

El partido.— No podría terminarse este análisis, sin expresar algunas ideas generales respecto al partido y su preparación para el trabajo futuro.

No existimos por azar como organización política. No habríamos surgido a la vida si en lo más profundo de la sociedad chilena no se hubiese dado la necesidad de un instrumento político que interpretara las aspiraciones históricas de los trabajadores del país. Pero esto ocurrió hace más de treinta años, y desde entonces el mundo y el país han cambiado; los objetivos que pudieron parecer lejanos a sus fundadores están en esta época a la orden del día. Su realización depende en gran medida de nuestra capacidad de adecuar la organización y la actividad a las necesidades de hoy. Por esto hemos afirmado que la línea de Frente de Trabajadores exige un partido cualitativamente diferente a lo que fuimos en el pasado y a lo que aun somos en el presente.

El problema de convertir al partido en esa herramienta revolucionaria no es simplemente una cuestión organizativa. O sea, no se trata sólo de indicar unas cuantas normas estatutarias o administrativas, o de cambiar unos dirigentes por otros, sino de reestructurar y reeducar políticamente en forma integral al partido. No se pretende una formación académica sino de convertirlo en la práctica, en el trabajo cotidiano, en una organización eficaz, firme, dura, homogénea y dinámica, profundamente entrelazada a las luchas diarias de los trabajadores. Su carácter revolucionario debe surgir, entonces, no de su etiqueta de tal ni de sus declaraciones al rojo vivo, sino de su actitud y acción concreta consecuente con su pensamiento y su objetivo.

De esto se deduce la imperiosa necesidad de dar al partido una clara conciencia política que le permita ubicarse individual y colectivamente en consonancia con el dinámico y revolucionario acontecer del presente. La educación política, en todos los estratos y niveles, debe colocarse a la orden del día, formando rápidamente dirigentes medios, dispuestos a su profesionalización para entregarse integralmente al partido.

En el plano orgánico, hay que tomar medidas que nos lleven a establecer la militancia por la actividad que despliegue el militante, terminando con el "pasivo" que, aunque no reconocido por los estatutos, constituye un peso que deforma la naturaleza del partido. Debemos tender a la formación de dirigentes obreros de primera plana, que expresen el carácter de clase del Socialismo Chileno; hay que fundir a la vida partidaria a esos dirigentes gremiales, darles una seria educación política y darles la representatividad que a ellos les corresponde en un partido obrero.

Sólo podremos librar al partido de su comodidad pequeño-burguesa, transformando a sus militantes por la educación y la acción en luchadores teórica y prácticamente aptos para cumplir su misión.

Para esto necesitamos mantener claridad de principios y objetivos; homogeneidad ideológica y política; una moral revolucionaria uniforme y ejemplarizadora y una disciplina consciente que permita determinar la responsabilidad y la actividad concreta de cada militante a cuyo cumplimiento quede condicionada su calidad de miembro de la organización.

Podemos traducir estas ideas en la siguiente frase: **CONSTRUIR UN PARTIDO DE CUADROS FUNDIDO A LA LUCHA DE LAS MASAS PARA CONDUCIRLAS A LA CONQUISTA DEL PODER.**

Nuestra confianza en la necesidad histórica del Socialismo, nuestra política de Frente de Trabajadores, nuestra resolución de fortalecer orgánica y políticamente al partido, nos permitirán convertirnos realmente en la Vanguardia de los trabajadores de Chile y realizar nuestros anhelos de instaurar en nuestra tierra una República Socialista.

XXI CONGRESO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA

valparaíso

otra librería PLA

galería condell